

tud, porque me intereso como el que más en vuestra felicidad eterna, y de esperanza, porque acabáis de oír, que tengo á mi favor la infalible promesa que hizo Jesucristo de permanecer hasta la consumacion de los siglos estrechamente unido con nosotros, ministros de su evangelio y distribuidores legítimos de la palabra que baja de los cielos para santificar la tierra.

Mas á fin de llenar tan útil y santo ministerio, me propongo hablaros por ahora sobre tres puntos capitales, que forman, digámoslo así, mi preparacion y la vuestra, para seguir con buen éxito este curso de instrucciones doctrinales que intento daros en una serie de pláticas religiosas. Deseo mucho inclinar vuestra voluntad, y para conseguirlo necesito poner á vuestra vista la importancia suma de esta predicacion: allanada vuestra voluntad, corre á mi cargo ilustrar vuestro entendimiento, y para conseguirlo, quiero hablaros de las disposiciones con que debéis venir á escuchar la palabra de Dios: santamente prevenidos por unas disposiciones tan felices, no me resta ya sino manifestaros los medios mas á propósito para que lleguéis á poseer los conocimientos mas perfectos en materia de doctrina segun la medida de vuestra capacidad. En suma, importancia de la predicacion de la doctrina cristiana, disposiciones con que debéis escucharla, y medios para enseñarla y aprenderla: tales son, católicos, los tres puntos á que pienso ceñirme, y que al presente deben ocupar toda vuestra atencion. Tengo á mi vista un auditorio numeroso, compuesto de diferentes clases, edades y condiciones, y he menester, por decirlo así, de poseer en cierto modo ese don de lenguas que pone la palabra de Dios al nivel de todos los entendimientos, sin salir de un solo idioma y á pesar de las diferencias que la naturaleza y

la educacion han introducido entre los hombres. Yo le tendré, no lo dudéis, porque todo don perfecto viene de Dios, y Dios comunica á sus ministros cuanto ellos necesitan para instruir y edificar á los pueblos, extender su doctrina y publicar su gloria.

## PRIMERA PARTE.

Os he ofrecido, católicos, hablaros en primer lugar de la importancia de la doctrina cristiana, y en verdad que mi promesa me conduce á un asunto el mas grande y sublime ciertamente que puede ocupar al orador en la Cátedra del Espíritu Santo. Entro pues en materia, y en el curso de mis ideas me propongo llegar á vuestra voluntad por el camino de la razon y de la fe. Penetrad cada uno de vosotros en vos mismo, recorred y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois; inquirid vuestro origen, buscad vuestras diversas relaciones, y que todo este estudio os conduzca al conocimiento de vuestras verdaderas, íntimas é imperiosas necesidades. No os pido mas, hermanos míos, para conseguir mi objeto, el de producir en vuestras almas ese moral convencimiento que ilustra la razon y decide la voluntad.

Permitidme pues, que desempeñándoos aquí, y ántes de elevar mis pensamientos al rango de la fe, (1) os examine

(1) Tal vez aquí me aparto un poco del sendero comun trazado por el arte á esta clase de discursos, en que se prescinde por lo comun de las primeras nociones puramente naturales que nos da la filosofia. Pero me ha decidido á esto el carácter mismo de nuestro siglo y la consideracion de que los prin-

á vosotros en mí mismo, sin otro estímulo que los instintos, sin otra guía que la naturaleza. „Yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las demas cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es mui semejante á lo que veo en los otros cuerpos, figura, color, peso, &c &c; mas no todos los cuerpos son como el mio, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decision de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi accion. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi direccion y gobierna mis pasos; en suma, una *alma racional*. He aquí lo que me constituye *hombre*; he aquí la *naturaleza humana* que debo reconocer en todos mis semejantes.

Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoi enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso, los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados: por que todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir: existen, por que tuvieron una causa productora; pueden dejar de

cipios católicos no desdeñan estas primeras observaciones, y son tan concluyentes en cuanto mira al dogma revelado, como decisivos para triunfar en las cuestiones filosóficas.

existir, por que están sometidos á la accion libre de su causa. Si la razon decisiva que yo tengo para suponer la existencia de una causa primera, es la naturaleza contingente de todos los seres que conozco y de cuantos estén y puedan estar en su mismo caso, es claro que la causa primera de todos ellos no ha de ser como ellos, porque de otra manera necesaria causa: si no ha de ser como ellos, tampoco estará sujeta á las leyes del nacimiento y de la muerte; luego será *necesaria* y *eterna*: no estará sometida á otro ser; luego será *independiente* y *soberana*: tendrá, por último, y segun la medida de su propia naturaleza, todas las cualidades que reconozco y admiro en mí y en los demas seres. Estas cualidades están colocadas en la escala de la perfeccion relativa y contingente; mas aquella causa primera no tiene dimensiones; no puede tenerlas, porque entónces tendria causa, tendria principio, tendria superior: lo que no tiene dimensiones es infinito: luego esa causa, que posee segun la medida de su naturaleza todas las perfecciones que yo admiro en los seres, posee por la necesidad de su naturaleza misma una *perfeccion infinita*. Esta primera causa es DIOS. Hai pues un Dios, ser necesario, eterno, infinito, inmenso, perfectísimo en suma, principio, causa y soberano de todos los seres, un *Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles*. (1)

He comprendido lo que soi: no me sorprende ya mi nacimiento ni tampoco mi muerte. Vengo de Dios, estoi entre mis semejantes y me hallo colocado tambien

(1) He aquí precisamente el primer artículo del Símbolo de los apóstoles figurando como la deducción mui sencilla y recta de un raciocinio bien hecho, de una razon bien gobernada. Por esto la razon no es enemiga sino alumna, educanda de la fe.

entre muchos seres de naturaleza diferente, que no se parecen á mí, pero que conmigo y mis semejantes constituyen la *creacion*, y por lo mismo han venido y penden exclusivamente de Dios.

Pero yo, colocado en el centro de esta multitud de relaciones, ¿existo al acaso, vivo sin motivo, he de morir sin resultados? Consultaré á mi propia razon, á mi propia experiencia. Una y otra me enseñan que cuando produzco algo de mí, (porque tambien soi causa, aunque limitada y contingente,) me determino por algun motivo, sigo algun objeto, me propongo algun fin, y esto es lo que me da la idea de mi superioridad en la escala de los seres: por esto domino al bruto, y dispongo soberanamente de la materia inerte que me está sometida. La creación es pues la obra de Dios, supone el pensamiento de Dios, el designio de Dios, la voluntad de Dios; y por lo mismo yo, como todos mis semejantes y todos los seres que constituyen la creacion, he venido á la vida para ser algo, existo con ciertas condiciones, y tengo consiguientemente un fin.

¿Cuáles son pues las condiciones y el fin último de mi existencia? Yo pienso para obrar, obro para estar contento, para estar bien, para ser feliz: la actividad es pues mi elemento, el trabajo mi destino, la felicidad mi vocacion.

Y bien, ¿he sido, soi feliz? yo me lo pregunto, me lo he preguntado mil veces á mí mismo, y no he recogido sino desengaños y experiencias que irresistiblemente me persuaden de lo contrario. He buscado la felicidad en los goces físicos, y de ordinario no encuentro sino por un lado la saciedad y el fastidio, por otro lado el arrepentimiento y el dolor: he oido discurrir al opulento, al mag-

nate, al hombre de las selvas y al hombre de las cortes, y veo que á todos les pasa lo mismo que á mí, que todos buscan irresistiblemente y ninguno encuentra la felicidad. Si esto es así, no solo yo, sino todos los otros, no solo el individuo, sino toda la sociedad, no solo un Estado, sino todas las naciones, no solo este ó aquel hombre determinado, sino la humanidad entera, están representados en mi pensamiento; y por lo mismo, todos tienen por principio á Dios, por elemento la actividad, por destino el trabajo y por vocacion la felicidad: todos la aman irresistiblemente, la procuran con solicitud, la buscan con afan, y sin embargo, no la encuentran.

¿Será pues, que la felicidad no exista, que no se haya hecho para nosotros, ó que por nuestra naturaleza seamos incapaces de alcanzarla? ¡Católicos que me oís! ved aquí el gran problema, es decir, el nudo de todos los tiempos, el nudo que por espacio de cuatro mil años ocupó inútilmente á los antiguos filósofos, el que despues acá no ha dejado de ocupar á todos esos *espíritus fuertes* que, persistiendo en su perdurable manía de no contar para nada con Dios y debérselo todo á sí mismos, han querido y no han podido nunca desatar este nudo: porque no le desatará, católicos, sino el que es verdadero hijo de Dios, el que conociéndose y conociéndole, se abaja y atenúa en su soberana presencia, el que no acordándose que tiene talento, que tiene poder ó virtud, sino solo de que es pequeño y miserable, se hace digno de que venga sobre él aquella bendicion de Jesucristo, llegando á saber aquellas cosas que han de ignorar profundamente los *grandes* y los *sabios* y constituir acá en el mundo la ciencia exclusiva y única de los *sencillos* y *pequeños*. (1)

(1) *Abcondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.*—Escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las descubriste á los pequeños.—San Lucas cap. X. v. 21.

La condicion mas humillante de la razon humana, cristianos, es que, no pudiendo negar la creacion, la actividad del espíritu, la necesidad del trabajo y la vocacion de la felicidad sin atraer sobre sí la burla y el desprecio, y habiendo envejecido en buscar ese fantasma de felicidad tras de que anda, confiesa sin embargo, que no ha podido hallarla, y cree irresistiblemente que exista, pues continúa constantemente buscándola. Y en verdad, hermanos míos, que tiene razon en seguir; porque si no ha de conseguirse el bien, si no ha de ser uno feliz, si ha de andar uno viviendo entre deseos brillantes y desengaños tristes, ¿de qué sirven, decidme el cuerpo y el alma? la razon y la voluntad, las ciencias y las artes, el poder y las riquezas, la admiracion, el prestigio, la fama, la celebridad y la gloria del mundo? ¿De qué? de hacer mas intenso el sentimiento de la miseria, de cubrir las llagas profundas del corazon con las magníficas ilusiones de una vida pasajera, de engañar con un esplendor aparente los unos á los otros acerca de su propio estado, haciendo morir así hasta la compasion agena, último rasgo del infortunio.

Saco de aquí hermanos míos una consecuencia de primer orden; y es, que no hai nada tan importante en el mundo para cada uno de vosotros y todos cuantos existen, como tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocacion, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y que esta felicidad existe, saber por último que hai medios infalibles para conseguirla, y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que valoriza y da estimacion á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto mas importante que puede ocupar vuestras meditaciones diarias; y, ¡admiraos y bendecid al Señor! esto es lo que nos

enseña á todos la doctrina cristiana, lo que por ella somos y podemos ser, lo que nos revela y proporciona al mismo tiempo la verdadera felicidad. Calculad por aquí la importancia de su predicacion.

Mas á fin de que comprendáis todas estas cosas de una manera sensible, entrad á considerar lo que es la doctrina cristiana por sus grandes objetos, y veréis cómo ella comprende á Dios y al hombre en el vasto conjunto de sus relaciones.

Comprende á Dios, os he dicho, porque ella nos enseña quién es, y para qué nos ha criado, descubriéndonos alta y profundamente su esencia, sus atributos y sus relaciones con la humanidad.

Comprende tambien al hombre, y á todo el hombre, enriqueciendo su entendimiento con una ciencia infinita, y enseñándole á obtener aquella fortaleza sublime de una voluntad que está siempre sostenida por un poder infinito.

La primera necesidad del hombre es la verdad, porque sin la verdad el entendimiento es infeliz: la segunda necesidad del hombre es la lei, porque sin la lei la voluntad seria siempre desgraciada: la tercera necesidad del hombre consiste en los medios para contar siempre con los recursos necesarios en la vida: la cuarta necesidad del hombre se refiere á los auxilios y socorros que no puede proporcionarse por sí, y que hacen indispensable á la naturaleza la cooperacion de la gracia. Satisfechas estas necesidades, el hombre lo tiene todo, lo sabe todo, y lo puede todo; porque entra en una triple plenitud con su entendimiento, con su voluntad y con su conducta. Ahora bien, católicos, la plenitud de la verdad está en la fe, la plenitud de la lei está en los preceptos de Dios y de la Iglesia, la plenitud de los recursos está en la ora-

cion, la plenitud de la gracia comunicada está en los sacramentos.

¿Y qué consecuencia, señores, habéis inferido ya? Diréla yo en lugar de vosotros: que la plenitud del entendimiento, de la voluntad y de la libertad, la plenitud del hombre, del individuo, de la sociedad, la plenitud intelectual y moral de todo el género humano, está en la doctrina cristiana, pues que ella lo encierra todo en sus cuatro partes, que son, como bien lo sabéis, *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos*.

Después de todo esto, ¿necesitaré yo, hermanos míos, discutir más largamente sobre este punto para producir en vosotros la más alta persuasión sobre la importancia de la doctrina que os predico? ¿Qué seréis con ella? ¿qué sería de vosotros sin ella? He aquí dos cuestiones que nunca deben apartarse de vuestro entendimiento, y que bastarán, sin duda, para que el deseo de poseer esta ciencia de Dios llegue á ser en vosotros una de las tendencias más irresistibles, una de las inclinaciones más constantes y uno de los sentimientos más gratos de vuestro corazón.

Con ella, hermanos míos, venís á ser, por explicarme así, muy semejantes á Dios, pues adquirís por comunicación y en vuestra esfera lo que en Dios hai por su esencia divina y por la necesidad misma de su naturaleza. Es la fe, como bien sabéis, una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. ¿Y qué es lo que Dios dice, y nos propone la Iglesia? Lo que el hombre no puede decir nunca por sí, ni jamás son capaces de proponernos la razón, la filosofía y la naturaleza humana. Esta fe, poniendo una venda exterior, por decirlo así, sobre nuestra razón natural, inunda las profundidades todas de nuestra alma con

una luz divina y eterna que nos coloca en la posesión de la verdadera y única sabiduría. Las verdades que la fe nos enseña son infalibles, porque vienen de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; y siendo infalibles, son seguras, permanentes, y se conservan á salvo de todos los sofismas y de todas las contradicciones humanas.

¿Y no más? Ah! solo el hombre conoce verdades estériles; mas en Dios la verdad es el ser, por explicarme así, la verdad es el bien enseñado, y el bien es la verdad practicada y poseída. ¿Qué sería de nosotros, hermanos míos, si descubriendo, al esplendor clarísimo de la fe, los atributos sublimes, las perfecciones infinitas del Ser supremo, si convenciéndonos de que en él y solo en él está la felicidad quedásemos en la clase de simples espectadores, sin encontrar en lo absoluto relaciones algunas entre lo que vemos y lo que somos? Pero no: el que tiene fe está ya en el camino de la felicidad, pues una de las revelaciones altas de la fe consiste en que todos hemos nacido para un último fin, para una felicidad pura, es decir, exenta de toda mezcla, para una felicidad suma, esto es, que encierra la posesión de todo bien, para una felicidad inmortal, esto es, inmune de todo temor, y fuera del dominio del tiempo y de la muerte: y que esta felicidad pura, suma é inmortal consiste en la posesión de Dios. La fe pues, hermanos míos, hace nacer la *esperanza*, y la infalibilidad propia de las verdades que nos enseña, es la medida también infalible de las promesas que nos descubre.

Solo puede comunicar la esperanza el que es dueño absoluto del poder. Pues bien, él, no solo la comunica, sino también la manda, y por tanto, la más alta garantía de la esperanza es el precepto que la sanciona.